

Club Cultural



María Ángeles Bernárdez
-Almería-



A medida que pasan los años y vamos rebuscando en las páginas de lo vivido, descubrimos ocultos por la niebla del tiempo momentos de ternura y de nostalgia que, al recordarlos, aún nos conmueven. El sentimiento claramente universal que mueve y debiera mover el mundo, energía pode-

rosa que nos hace generar y mostrar lo mejor de nosotros mismos, especialmente en la etapa de la vida que comprende la recién nacida adolescencia, es el amor.

Entre mis más emotivos recuerdos, la película de Manuel Summers, *Del rosa al amarillo* (1963), elogiosa por su carácter entrañable, sin por ello apartar la sensación de un trasfondo de pesimismo, me hizo sentir la naturaleza del amor que libera, entrega, cede, y mantiene un hábito de luz en la espera por alcanzar el amor ansiado.

Del rosa al amarillo representaba dos historias de amor: una entre adolescentes, y otra entre ancianos. En la primera, Guillermo, un chico de doce años, se enamoraba de Margarita, de trece años. A pesar del triste final de este amor, el cúmulo de mágicas y nuevas emociones, experimentadas al vivir el amor que ellos escenificaban, se ha mantenido vivo mí. Por otro lado, la pareja formada por Valentí y Josefina son dos abuelos residentes en un asilo, donde

viven por separado hombres y mujeres, que se cruzan a escondidas, respectivamente, cartas de amor y miradas de ternura en la capilla, el único lugar donde pueden estar juntos, y sin extrapolar aquel tiempo al presente en cuanto a las represivas libertades de la época, hoy aquella ternura compartida, que les hacía sentirse vivos e ilusionados por la vida, me entristece. También, se hace presente en mí como horizonte alcanzable de un futuro ya cercano, sin sentir el sentimiento de renuncia al amor que, quizá, la vejez implica y que depende de cada individuo. La naturalidad con que ambas parejas nos presentan dos amores iguales y distintos a la vez, en los que todos, indefectiblemente, antes o después nos hemos visto y nos veremos reflejados, ha de emocionarnos profundamente.

Cuando comenzamos nuestra más tierna andadura, el amor filial nos es dado de manera incondicional por nuestros seres más queridos y cercanos. Amor asociado a la necesidad y a la dependencia que necesita-

mos para sentirnos seguros y protegidos. Posteriormente, en la pre-adolescencia y en la adolescencia, el amor es un forma de gustar, de atraer...

En la edad adulta, sin duda, amar de verdad es una tarea difícil al estar salpicado este noble sentimiento de egoísmo, celos, posesiones... En la filosofía oriental, amar se plantea como la mayor causa del sufrimiento humano por la dependencia de quien ama del ser amado. Dependencia que nos hace pensar que la desilusión por la persona amada, o su abandono, nos haría no amar a nuestra vida misma. Nos decía San Agustín "Ama y haz lo que quieras". Todo ser humano debería estar preparado para aprender a amar para superar el "te quiero", si este "te quiero" implica un te quiero para mí; y el amar, la libertad del amado. El sentimiento más profundo de la existencia, el amor, es el mejor conductor de nosotros mismos, de nuestros actos, sentimientos y pensamientos... Como dice Auden... "eso que anda en el

mundo de las ilusiones y de lo espiritual, lo que se maneja en el mundo de fantasías e ilusiones que de alguna manera tienen que ver con la edad en la que se vive el amor, y que al igual que otras experiencias emocionales tiene sus etapas en el tiempo. Se empieza por la exaltación de las cualidades, pasando por el conocimiento y la satisfacción de los deseos, hasta el trato cordial, el respeto por la pareja, ya sin la fuerza que se tenía al comienzo. Podíamos definir el amor como una línea curva que inicia su trazado desde la más temprana inocencia, ascendiendo ágilmente la empinada ladera de la exultante juventud, paseando el camino de la madurez, hasta cesar su andadura a orillas de la despiadada senectud.

Desde que nacemos hasta que morimos tenemos la necesidad de sentirnos amados, porque el amor que recibimos nos confirma que existimos.

Alguien, no recuerdo quién, me dijo una vez que la muerte del amor no llega con la vejez, sino con el olvido...